

de su flamante traje, acabadito de estrenar, y olvidando que estaba en la calle exclamó en voz alta:

— ¡Qué diablura! ya no puedo ir á la comida; me ha hecho ojo ese maldito Pacotillas; — y luego pensó: — Es un *jetattore*, tiene la desgracia, y la comunica á los que encuentra al paso.

## CAPÍTULO XVIII

### La novia del Chango

Impulsada por mansos vientos, bogaba en azulados y quietos mares la afortunada nave del Changuito. A principios de Noviembre era ya nada menos que secretario particular del Ministro, puesto que le daba mucha importancia, le proporcionaba grandes ganancias, y le permitía meter las narices, y hasta las manos, en los muchos y cuantiosos negocios que despachaba la correspondiente Secretaría de Estado.

Habíale caído muy en gracia á su Excelencia desde aquel banquete, que tan tremenda indigestión de ideas causó á Pacotillas; el Ministro quedó encantado de la soltura del Chango, de su despejo, vivacidad y gracia, de lo bien que manejaba la pluma, y daba forma á la más informe idea. Dicho se está que el joven se esmeró en cultivar tan benévolas disposiciones, y no se daba punto de reposo para robustecer aquella simpatía que tan ricos frutos había de producirle.

El prócer comenzó por agregarle á la secretaria, y

como estaba cada vez más descontento del secretario, y más satisfecho del adjunto, no tardó mucho el día en que confió al Changuito el importante y confidencial cargo.

Hubo, por supuesto, que contar con el beneplácito del General López, padrino político, y, hasta allí, patrono principal del joven. El General accedió de buen grado, pues colocar una hechura suya en puesto semejante, era para él tanto como poner una pica en Flandes.

Hubo, pues, entre el General y su protegido, tiernas escenas de despedida y ardientes protestas de amistad; hubo, por parte del General, acaloradas felicitaciones para su protegido, con mucho de: « ¡Ya lo ve usted! ¿no se lo dije á usted? siempre me pareció usted un joven de muchísimo provecho. »

Hubo, por parte del Changuito, mucho de decir á López, que á él se lo debía todo, que en cualquiera parte estaría á las respetables órdenes del señor General, y que se dignara el señor General seguir viéndole como un partidario adicto y celoso, y como un servidor que, aunque inútil y humilde, había de ser infatigable.

Ascendido á superior dignidad dejó vacantes el puesto de redactor y el empleo de inspector de letreros, que heredó su amigo Torres, el cual seguía con entusiasmo las huellas del feliz Changuito. También renunció éste la pensión que como estudiante percibía, pues ya no quería seguir la larga y difícil carrera de los estudios, prefiriendo la florida, la fácil, la agradable que con tan feliz éxito recorría ya.

Instalóse en su nuevo cargo y comenzó á desempeñar

sus altas funciones, que, en la parte visible, eran recibir la abultada correspondencia del ministro, imponerse y dar á su excelencia cuenta de ella, y redactar las contestaciones.

No tenía el cargo sueldo fijo, sino voluntaria gratificación, y además pingües gajes; pues como todos los negocios pasaban por manos del secretario, tocaba á la habilidad de éste hacerlos florecer ó marchitarlos, informando favorablemente al Ministro ó dándoles carpetazo ó informando mal.

Nada más fácil que lo dicho. La tramitación oficial es de mera fórmula, lo importante es manejar con habilidad el hilo escondido y el resorte íntimo de los negocios. Si el secretario quería favorecer el despacho de algún asunto, escogía el momento más oportuno para comunicarle á su excelencia, encomiaba las ventajas de ese asunto y tendía discretamente un velo sobre lo inconveniente; el negocio patrocinado así caminaba bien. El Chango hacía lo contrario cuando el asunto no merecía su preferencia, preparaba desfavorablemente el ánimo del prócer y el negocio fracasaba. El joven, como persona que se estima, no cedía gratuitamente su patrocinio, no daba de limosna su preciosa influencia.

Todo esto lo sabían de memoria cuantos tenían negocios en el ministerio, y lo primero que hacían era captarse la benevolencia del joven con preciosos regalos, con importantes donativos ó con interesarle en el negocio, haciéndole participe en las utilidades. No es aventurado afirmar que los gajes y buscas de tan buen oficio pasaban de quinientos duros mensuales.

Con admirable prontitud conoció el nuevo secretario el carácter de su jefe, y con flexibilidad, no menos admirable, amoldó al de su superior el suyo propio. El señor Ministro era de pocas palabras, amigo de que le entendiesen pronto, de que le adivinasen el pensamiento, y le sirvieran con la prontitud del relámpago; aunque de exterior apacible y desmañado, estaba sujeto á coléricos arrebatos, en que ponía á sus dependientes cual no digan dueñas; mas el Chango se acomodaba á todo, y con salados chistes, vivas gesticulaciones ó con sumisión y mansedumbre, según conviniera, conjuraba aquellos enojos, haciéndolos redundar casi siempre en provecho propio.

Entre otros encargos tenía el Changuito el de leer la prensa y hacer un extracto de lo más importante que contuvieran los periódicos, para que lo supiera su señor. Cada día gustaba éste más del avisado carácter de aquel chico, que, con la mayor habilidad, iba penetrando poco á poco los interiores, y conociendo las flaquezas de su excelencia, que no eran pocas en verdad; las mujeres le sacaban frecuentemente de quicio, y en esos casos le eran muy útiles la discreción y travesura del joven secretario.

En esos días, una de las personas que más ricos negocios agitaba en el ministerio era el señor don Librado Flores y Flores, pez de enormes tragaderas, que en el revuelto mar de los negocios públicos engullía los más grandes y sabrosos bocados. Había sido muchos años corredor de Palacio y contratista del vestuario, y ahora, como siempre, andaba á caza de varias contratas produc-

tivas. Era riquísimo, su fortuna mal contada pasaba de dos millones y llevaba trazas de duplicarla antes de mucho.

El finísimo olfato de don Librado percibió luego lo útil que podía serle un joven tan despabilado como el secretario, y procuró captarse su voluntad; lo obsequió de mil modos, lo llevó á su casa, en la que el listo muchacho encontró lo que tan firmemente se había propuesto buscar.

Encontró nada menos que la soñada novia en la hija única del millonario. Rosa, que así se llamaba la heredera, era una muchacha apenas de quince abriles, de constitución endeble, pálida tez y facciones marchitas. En su cara sobresalían, esparciendo encanto singular sobre la desmedrada fisonomía, unos ojos grandes y negros, de profundo, tierno, lánguido y melancólico mirar. Aumentaban la belleza de aquellos ojos expresivos, los flecos de largas y rizadas pestañas y el ojeroso tinte de los párpados; la tez morena de la muchacha era limpia, y su dentadura blanquísima. Por desgracia, no pasaban de aquí las perfecciones físicas de Rosita; en cuanto á defectos, nada más fácil que advertirlos: capitaneando á todos, se presentaba una nariz larga, que atraía con su indiscreto desarrollo las miradas de los burlones, formando todavía mayor bulto porque la frente era chica y deprimida, y la boca muy pequeña; los labios delgados y pálidos, estaban frecuentemente plegados por una especie de mohín desdeñoso.

Lo largo y enjuto de su rostro, y lo afilado de todas sus facciones la afeaban también bastante; de perfil pare-

cía una figura de cartón recortada, de frente parecía una sombra. Sin embargo, si estaba contenta, si se animaba con la conversación y un soplo de vida agitaba sus mortecinas facciones, no se veía tan mal; pero si estaba seria se echaba todo á perder, y parecía una fea figura funeraria labrada con el peor gusto.

En su cuerpo la favorecía bastante el delgadísimo talle, que le daba aspecto de sílfide ó willis alemana; pero el busto era pobrísimo, con los hombros angulosos y huesudos; por lo demás, era alta, bien proporcionada, de pequeño pie y movimientos graciosos y desembarazados.

Sobre su persona moral habría mucho que decir, era de corazón sensible, de alma tierna, de buenas inclinaciones; pero su trato era despacible y desabrido, y por leves motivos surgían en ella accesos de ira; sus demás defectos reducíanse unos á deficiencias naturales: su inteligencia era menos que mediana, y la frialdad de su carácter le vedaba todo arranque de entusiasmo y le inspiraba desdén por cuanto le rodeaba. Otros defectos de Rosita podían calificarse de adquiridos, y eran la consecuencia de la riqueza de su padre; el principal de ellos era una vanidad enorme, y el gusto á todo género de ostentación.

Su instrucción dejaba mucho que desear, casi no había aprendido más que lo que se puede lucir en un salón, cantar y tocar el piano; lo demás se reducía á un poco de francés, á leer sin entonación, y á escribir sin ortografía. Por fortuna, nuestra sociedad, que aun la instrucción de los hombres tiene en poco, no pone reparo al-

guno á la femenina ignorancia, sobre todo, si en cambio del saber que falta, hay dinero de sobra.

La muy señora mía, doña Guadalupe Peña de Flores y Flores, era la madre feliz de aquel pimpollo desmedrado, y la esposa no menos feliz del ricachón.

Pocas veces salen los hijos tan parecidos á sus padres como Rosita salió á su mamá. Parecían vaciadas en el mismo molde, y cortadas por el mismo patrón; Rosita era la imagen viva de la difunta juventud de su mamá, y doña Guadalupe el anticipado retrato de la vejez de Rosita.

Las dos eran muy altas, muy delgadas, muy flacas, muy morenas, muy narigonas; las dos lucían, como rico adorno del paupérrimo rostro, un par de ojos negros, melancólicos, inspiradores de languideces é imán de apasionados suspiros. Tan finos y de tan superior calidad eran los susodichos ojos, que todavía lanzaban vivos destellos á través de los cincuenta y cuatro años que, sin doblegarlo, pesaban sobre el magro cuerpo de doña Guadalupe.

Mas el parecido, limitándose á lo físico, no sólo no traspasaba los morales confines, sino que se trocaba en ellos en diferencia, en contraste, casi en oposición. La madre era viva, inquieta, locuaz, alborotadora, sujeta á raptos de alegría frenética; mientras que la hija era apática, fría, tranquila, serena, enemiga de todo arranque y parca en palabras.

A su padre era á quien Rosita se parecía en lo moral; como él era sesuda, calculadora, más amiga de ventajas y comodidades que de vanas demostraciones. No podía dudarse que era hija de los dos, y que, en el misterio de

su concepción, se fundieron en un solo ser el carácter del papá, y el enjuto y macilento cuerpo de la mamá.

Doña Guadalupe tenía de sí misma el más elevado concepto; se creía un ser tierno, delicado y finísimo, superior á todos los de su casa, y mejor que cuantos haya en el mundo entero; no cifraba su vanidad en las riquezas de su marido, que antes afectaba despreciar, sino en la delicadeza ingénita, y en la innata superioridad de su naturaleza grácil.

El desmedido concepto que de sí misma tenía, databa de muy lejos, de la época ya lejana de sus quince primaveras, en que se hartó de novelas sentimentales, muy en boga entonces, y que le hicieron creer, que el desmedro de su cuerpo era señal de la delicadeza y superioridad de su espíritu.

De todos los seres, nacidos y por nacer, á ninguno tenía por más grosero, prosaico y desabrido que á su propio esposo, el excelente don Librado; unas veces en broma, y otras por lo serio, lo aturdía, llamándole hombre vulgar y metalizado, insensible á todo afecto é incapaz de todo generoso arranque.

Por fortuna tales arrebatos se estrellaban, como la frágil onda en la firme roca, en el bien probado estoicismo del marido. Don Librado, cachazudo y bonachón como pocos, no se dignaba molestarse por aquellas salidas de su cara mitad; cuidaba demasiado su digestión y la tranquilidad de su espíritu, para no ver venir el nublado con toda calma, sin exponerse á un derrame de bilis, á un ataque apoplético, ó á comprometer sus complicados negocios, turbando la lucidez de su espíritu, por mezqui-

nos disgustos caseros, ó por despreciables bachillerías de mujer nerviosa.

De no haber sido así, aquel matrimonio no se hubiera sostenido un solo año. Si don Librado hubiera tenido el carácter vivaz, alborotador y explosivo de su tierna cónyuge, hubieran vivido en completa riña; mas la cachaza de don Librado, el cariño que tenía á su esposa, la estimación que le profesaba, y quizá, su misma naturaleza pesada, que apetecía vivas excitaciones, no sólo le hacían tolerar á su agria compañera, sino que no la hubiera cambiado por otra de condición más dulce.

Y ciertamente no carecía de prendas estimables aquella mujer regañona, aquel haz de nervios; era nimia y escrupulosamente hacendosa, y tan limpia que el armiño hubiera parecido á su lado un animal inmundo. Pobres de los criados el día que la señora se levantaba con humor de poner la casa en orden, y de expulsar del santuario doméstico hasta el último átomo de polvo; todos eran unos puercos, perezosos, que sólo limpian lo que ve la suegra, y defraudan desvergonzadamente el sueldo. En días tales la señora, no contenta con reñirlos, les enseñaba prácticamente el modo de hacer las cosas, y era de maravillar que aquella dama melindrosa y regalada ejecutase todas las faenas domésticas, desde las rudas de la recámara ó la cocina hasta las delicadas de las más difíciles labores manuales.

La madre y la hija no simpatizaban ni estaban de acuerdo sobre punto alguno; la madre reñía diariamente á la muchacha por su vulgaridad, desmañamiento é indiferencia; y diariamente también la muchacha se quejaba

de las exigencias, de la arbitrariedad, de la tiranía y del carácter desapacible y fiero de su señora mamá.

Mas si Rosita hacía con doña Guadalupe malas migas, con su papá las hacía bonísimas; más que padre, don Librado era su amigo complaciente, y tan placentera hallaba el negociante la compañía de su hija como gustoso encontraba Rosita el trato de su padre. Don Librado mandaba, sin ordenarlo, en el alma de su heredera; mientras doña Guadalupe, que se pasaba el día dando órdenes, sólo era obedecida aparentemente por la indócil muchacha, y eso con protestas y refunfuños.

Don Librado era uno de esos tipos muy comunes entre nosotros, que, con la avidez y codicia más insaciables en los negocios, adunan la mayor sencillez en el trato íntimo, y las virtudes más patriarcales en el seno del hogar. En el público se decía de él que era un ladrón judío, que medraba á costa del Erario, que sus rapiñas podían contarse por las fincas rústicas y urbanas que poseía.

La verdad era que este negociante feliz no tenía escrúpulo en envolver á los que con él trataban, y le parecía muy gracioso enredar á los incautos en la fina urdimbre de un contrato astuto; mas cuando se trataba con él de amigo á amigo era incapaz de sacar un real de ventaja. En resumen, don Librado era en su casa un niño cándido, en la amistad un hombre leal y honrado, y un pirata temible en los negocios.

Tal fué la familia, en cuyo confortable y lujoso hogar halló el Changuito el colmo de sus doradas ilusiones; la compañera á cuya delicada mano había de asirse para llegar al pináculo de la riqueza y consideración. Tuvo

este diablo de muchacho el tino de caer muy bien en aquella familia, y, cual piloto expertísimo, supo evitar los escollos que podían ofrecerle los raros y distintos caracteres que la componían.

A poco de visitar la casa sabía perfectamente el lado flaco de cada una de las personas de ella, y había tomado las medidas más propias para caer bien á todas. Lisonjeaba la vanidad de la señora, empezando por llevarle la contra para dejarse convencer después; y acertaba en ello, pues nada placía más al carácter bullanguero y batallador de doña Guadalupe, que el ardor de la lucha, seguido del placer del vencimiento. Si menos hábil, el Chango hubiese contestado amén á cuanto la dama decía, ésta le hubiera tenido por un estúpido ó por un hipócrita, despreciándole en el primer supuesto y aborreciéndole en el segundo; mas como el Changuito al contradecirla lo hacía con agudas razones, y se dejaba convencer con una habilidad tal, que parecía quedar de veras derrotado, la señora le tuvo por muy inteligente, y además por muy razonable.

Amplia brecha abrió el joven en la muralla de la buena voluntad de doña Guadalupe, aprovechando las aficiones de ésta al orden, al buen gusto y á la elegancia; la dama quedó muy complacida por lo que, en tan graves materias sabía el muchacho, y aun le aceptó por consejero. Con la joven usó otra táctica: fingía docilidad, calma imperturbable y perspicacia suma. De sobra conquistado estaba el padre con las facilidades que el joven podía proporcionarle para el arreglo de sus muchos negocios.

Poco á poco fué dando á conocer el Changuito su afición á la niña, pero sin declararse abiertamente; y, aunque por distintas razones todos lo aprobaron: á la muchacha le parecía simpático, don Librado le encontraba muchas prendas de buen yerno, y le creía destinado á enriquecerse mucho, y á figurar en grande escala.

Se acordaba el buen viejo de los pasados tiempos, y reconocía en aquel joven las cualidades de un negociante más hábil que el mismo don Librado, y que prosperaría mucho más. El señor Flores, todavía mocetón, supo ganarse la voluntad de dos personajes que ejercieron un influjo decisivo sobre el General Santa-Anna: el General Tornel y don Lucas Alamán.

El primero fué el favorito del dictador, y el segundo fué la persona cuyos dictámenes estimaba más Santa-Anna. Embarcar á Tornel no era muy difícil, era hombre vanidoso, era figura de pompa y relumbrón, con adularlo un poco sobraba; pero conquistar á Alamán sí era empresa de romanos; era severo, frío, imperturbable, dueño de sí mismo, sagaz y calculador: á una inteligencia sólida unía una voluntad firme, y mucha habilidad para conocer á los hombres.

Todavía se acordaba Flores de la impresión profunda que le causó don Lucas en las primeras entrevistas, y don Librado, no obstante su poca edad, supo conquistarse el beneplácito de aquel personaje de mirada inquisidora y fría, de cortesía helada y de frases concisas.

Flores y Flores fué muy pobre en sus mocedades, mas cuanto le valieron los diversos patronos que supo granjearse, allí estaban para decirlo los millones que poseía.